
CARLOTA CORDAY.

CARLOTA Corday se estrelló, lo mismo que Théroigne de Méricourt, en el arrecife revolucionario; con la diferencia de que la una navegó pura, noble y sublime, con la convicción de naufragar, y no llevando mas objeto que el de salvar á los que seguian el mismo rumbo; y la otra se arrojó ciega, turbulenta y sin mas mira que la de saciar sus pasiones desordenadas. Así, al paso que Carlota, cuál cisne de resplandeciente blancura, recorre tranquila su carrera inmortal, lánzase Théroigne á violentas conmociones, provoca la tempestad y engólfase sin vela y sin brújula por entre tenebrosos remolinos, donde se desconoce á sí misma, para luego abismarse y perderse sin remedio! ¡Celestial abnegacion por una parte, egoismo desenfrenado por la otra!

Maria Ana Carlota de Corday y de Armont, y no de Armans como escribe Mr. Thiers y todos los demas, nació el 27 de julio de 1768 en una choza de la parroquia de Ligneris (distrito del Argentan, departamento de l'Orne), de Jacobo Francisco de Corday, señor de Armont, escudero, y de Jacoba Carlota Maria de Gontier des Antiers, ambos nobles (véase su fé de bautismo). La casa tenia por armas tres cabríos de oro en campo azul con corona condal.

Descendia de la familia del gran Corneille por su padre,

que era biznieto de Maria Corneille, hermana mayor del poeta (1). Tenia dos hermanos y dos hermanas, de las cuales una mayor que ella y otra menor. Toda la fortuna de su padre,

(1) En las *Memorias de Fleury*, (Paris, 1837) se halla la genealogía de Carlota Corday, como sigue:

PEDRO CORNEILLE,

Señor de aguas y bosques del vizecondado de Ruan,

MARIA PAISAN, su esposa:

De este matrimonio nacieron cuatro hijos:

TOMAS CORNEILLE, POETA.	PEDRO CORNEILLE, LLA- MADO EL GRANDE.	MARIA CORNEILLE.
-------------------------------	---	---------------------

Maria Corneille casó en primeras nupcias con Mr. DUBUAT, muerto en el sitio de Candio, y en segundas con JACOBO FARCI, tesoroero de Francia en la oficina de rentas de Alenson: tuvo del primero un hijo que murió teatino en Paris, y del segundo dos hijas, á saber:

Maria Farcy, desposada con el señor Lecoustellier de Bonnebose, que murió en edad muy avanzada, sin haber dejado mas que una hija casada en Caen.

Francisca Farcy, casada con Adriano Corday, señor de Cauvigny y de Launay, capitán de guardias del duque de Borgoña, de una de las casas mas antiguas de Normandía. Cuando enviudó, reclamó la sucesion de Fontenelle; pero quedó escluida en virtud del testamento de este. Murió en Alenson, y dejó un hijo.

Jacobo Adriano de Corday, casado con Renata Adelaida de Belleau, señora de Lamotte. Dejaron cuatro hijos y cuatro hijas.

Jacobo Francisco de Corday, señor de Armont, casó con Maria Carlota Gautier des Antiers, de quienes nació:

CARLOTA CORDAY.

que á título de segundon fué víctima del derecho de mayorazgos, contra el cual publicó un folleto en 1790, consistia en una renta de 1500 francos.

Carlota pasó su niñez en el campo. Hay gentes del pais que aun se acuerdan de haberla visto pequeña, con un vestido de tela sencilla y suelta la cabellera, corriendo por el manzanal que hay junto al camino ó jugueteando hácia una fuente inmediata que brota por entre mimbres y juncos, donde cogia agua con el hueco de la mano (1).

No bien habia cumplido Carlota la edad de doce años, cuando perdió á su madre (2).

Tenia mucha fama la comunidad de Caen, llamada la abadía de las Damas fundada por Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, de la que era abadesa madama de Belzunce y coadyutora madama de Pontécoulant; y allí resolvió colocar á Carlota su padre, lo mismo que á sus dos hermanas. Las religiosas de este convento seguian la regla de San Benito, y vestian de negro, escepto el grñon y el velo que eran blancos. El edificio estaba construido á espaldas de un altozano, con jardines, patios y oratorios; y la iglesia, que aun está en pié, es obra muy curiosa de estilo anglo-normando. Ahora tan solo se oye allí el graznido de los cuervos y el silbido del viento que se emboca en las torres. Vive aun una antigua religiosa que conoció á Carlota, y refiere que en un principio manifestó esta fervorosa devocion, aunque ya dejaba traslucir un interior orgulloso y obstinado que le acarrea algunas reprensiones. En la casa aprendió á escribir, bordar y dibujar, adquiriendo mucha habilidad en este último arte, en el que aun se perfeccionó en lo sucesivo. Pero habiendo estallado la revolucion, y quedando abolidas todas las órdenes religiosas, regresaron las tres hermanas á la casa de su padre, que se habia establecido en Argentan. Carlota fué confiada á madama Coutellier de Bretteville-Gouville (y no de Breterville,

(1) Véase *Carlota Corday*, por M. A. Esquiros: tom. 1, pág. 11.

(2) Véase el interrogatorio, en que Francisco de Armont, veinte y cuatro años despues del nacimiento de su hija, declara que hace unos doce años que enviudó.

como escriben todos los biógrafos), prima hermana de su padre, viuda sexagenaria residente en Caen, donde aquella se dedicó pacíficamente al estudio, hasta tanto que circunstancias más ruidosas viniéran á sacarla de esta tranquila mansión. Aun puede verse en Caen la casa en que vivía, que está situada en la calle de San Juan, núm. 148, en el fondo de un angosto patio, lo que le da un aspecto melancólico y sombrío: la escalera es de piedra, y las vidrieras y ventanas tienen compartimientos con rejillas de plomo. Existe un viejo tornero que ocupaba la tienda que da á la calle, el cual dice que aun le parece que está viendo á Carlota en el rincón del patio por la parte del pozo, con amazona azul y sombrero cónico adornado de cintas: «Era una muchacha grave y hermosa, que no cantaba como las demás, reía poco y pasaba el tiempo leyendo, teniendo mucha fama de discreta y hermosa.»

Tenia Carlota estrecha amistad con Eleonor de Faudos, su compañera desde la niñez, y frecuentaba con su tía las principales reuniones de la ciudad. Tenía reputación de muy instruida y amable, sin que se le notase más defecto que un natural decidido algo impropio de su sexo.

Ya había cumplido veinte y dos años, y era, dice Mr. Harmand (*Anécdotas de la Revolución*), de estatura regular y robusta de cuerpo, aunque elegante y airosa, sin que se notase en ella movimiento alguno que no respirase gracia y honestidad; tenía la boca y los dientes hermosos, la nariz bien hecha, pelo castaño, bellísimos ojos azules con largas pestañas, facciones perfectísimas y algo severas, y sus manos, brazos y garganta hubieran podido servir de modelos. Su habla elegante y reservada, dice Mr. Dubois en su *Ensayo histórico*, sobresalía por la exactitud, la medida, la limpieza y una naturalidad sencilla y noble al mismo tiempo; y si fuera posible solfear con todo el embeleso de sus modulaciones las delicadas inflexiones del metal de las frases que á todos por tanto tiempo conmovieron, yo hubiera reproducido en el papel las armoniosas y seductoras entonaciones que durante diez años produjo la voz de la señorita Corday (1).

(1) Su pasaporte está concebido en estos términos: Estatura cinco pies

Ya muy joven se manifestó Carlota inclinada á las cosas serias y á la meditacion. Cuando se hallaba en el retiro, las horas que sus compañeras pasaban en el juego y demás diversiones de su edad, las empleaba ella en leer á Corneille, Raynal ó Rousseau, cuyas obras se procuró clandestinamente: así ella misma se dió la educacion, y dice uno de sus biógrafos que consultó principalmente á Plutarco, elocuente pintor de los grandes hechos de la antigüedad. «La afición á semejante lectura hubiera bastado para pescubrir el rico temple de aquella alma que aun se ocultaba tras un exterior infantil y hechicero (1).

una pulgada, pelo y cejas castaños, ojos pardos, frente erguida, nariz larga, barba hendida, cara oval. — Es curioso ver como los diarios demagogos de aquella época se complacían en desfigurar á esta hermosa doncella. La Gaceta Nacional insertó por órden del gobierno las líneas siguientes, que los periódicos de provincia tuvieron que reproducir: Esta muger nada tenía de hermosa, como se ha supuesto. Era un marimacho más bien carnuda que fresca, con ademanos hombrunos y de cuerpo rechoncho, sin gracia y desaseada, como lo son generalmente todos los filósofos y las hembras sabiondas. Mil lecturas diferentes habían puesto su cabeza como una furia. Su cara era agreste, insolente, erisipelosa y ordinaria; pero basta tener el cutis blanco y sanguíneo, gordura, juventud y una evidencia famosa para pasar por bella en un interrogatorio. Carlota Corday tenía veinte y cinco años, lo que, según las costumbres del día, ya constituye una moza pasada.

— Como al subir al banco de los reos se percibió á través de su pañoleta cruzada el arranque de su pecho, púsose en los diarios: Esta muger ha manifestado en el tribunal, por lo tocante á su pecho, que era superior á las puerilidades de su sexo. — El retrato más parecido que de ella ha quedado se halla en casa de Mr. Lecurieux, célebre pintor: está representada en corse de raso azul, muy abierto de pecho, pero cubierto con una pañoleta que según la moda de aquel tiempo se llamaba *menteur* (engañoso); el pelo encrespado formando muchos copetes y ligeramente enpolvado; frente erguida, ojos pardo-azules, vista audaz, labios de puro color de rosa, mejillas algo angulosas, cabeza noblemente echada y garganta llena de gracia y blancura. David en su famoso cuadro de la muerte de Marat solo pintó á Carlota de imaginación. Muchos artistas, en particular Mr. Scheffer, han tomado á nuestra heroína por objeto de sus bellas páginas; y una joven princesa á quien harto pronto arrebató la muerte en perjuicio de las artes, iba á sacar del mármol su nobilísima imagen, y unirla á la estatua de Juana de Arc, con la que tan bien se hubiera aparejado.

(1) *Biografía universal de los Contemporáneos.*

Salida del destierro del claustro, cayéronle entre manos los papeles públicos, y era de admirar la avidez con que una señorita tan jóven y hermosa los leía. Desde luego presentósele la Revolución bajo un punto de vista seductor; dejóse alucinar por la mágica voz de libertad, y ya no tuvo mas anhelo, mas delirio que el de ver una república sometida á las leyes y fecunda en virtudes. Mr. de Conny llega hasta decir que su delirante imaginacion se ocupaba todo el dia de los grandes personajes de la antigüedad, y que aun de noche se figuraba invocar sus sombras.

No le impedía esto, añade el biógrafo que ya hemos citado, desempeñar las obligaciones de su sexo y calidad, y presentarse llena de piedad filial; hacíase idolatrar con su buen genio; tenia libres las horas del dia y la direccion de sus estudios; poco sensible le era el yugo paterno, porque dejábanla gobernarse por sí y obrar como á una jóven sublime consagrada á alguna predestinacion misteriosa y guiada por invisible número.

Sus hermanos habian emigrado, por no haber podido sobreponerse á las preocupaciones de nobleza que tenían imbuidas; empero ella prefirió quedarse, y dedicarse á sus lecturas predilectas, siéndolo en particular el diario de Brissot; apasionábase por los maravillosos relatos de los sucesos que ocurrían en París: hoy Mirabeau hablaba en tono imperioso, tratando de esclavo al enviado del rey; mañana el impasible Sieyes decia: «¿Porqué atolondrarnos? ¿No somos hoy lo mismo que éramos ayer?» Ora veía al estado llano puesto al nivel y luego superando las demas clases del reino, ora leía el sitio y toma de la Bastilla, monumento odioso del despotismo, amagando con su caída la del mismo despotismo, sustituido por la siguiente inscripcion de estilo alegre, pero que dice mucho: «¡Aquí se baila!» Otra vez se quedaba llena de grata admiracion al ver que el pueblo francés declaraba oficialmente que renunciaba á toda guerra emprendida con la mira de conquistar ó de quitar la libertad á otra nacion.

Amoldáronse las ideas de Carlota Corday á las impresiones que recibió. Poco dado era á la perspicacia de una jóven de

senmarañar tanto nublado, y penetrar y conocer la verdadera tendencia de una revolucion que, ahora que han transcurrido cincuenta años, aun es obscura ó poco conocida para hombres de mucho talento. ¿Y por ventura estaba en su mano poderla ver bajo su verdadero punto de vista? los que ella conocía ó trataba ¿no le modificarían la luz por entre los brillantes colores con que sabían engalanarla.

Efectivamente, acababan de estallar las ocurrencias del 31 de mayo. Despues de la sostenida lucha entre montañeses y girondinos, en que estos habian sucumbido; la mayor parte como Barbaroja, Buzot, Louvet, Girey-Dupré, Salles, Péthion, Riouffe, etc. fueron á refugiarse á Caen, cuyos habitantes profesaban todos sus mismas opiniones y les eran exaltadísimos partidarios. Todos ponderaban en la ciudad su valor y noble comportamiento. Isnard profirió en la tribuna estas memorables palabras: «París tiene jurada proteccion á la representacion nacional; si se ve violada por una de las conspiraciones que pululan en su derredor desde el 10 de marzo, declaro en nombre de la república que París sufrirá la venganza del pueblo y habrá que preguntar en qué orilla del Sena estuvieron sus muros levantados!» Lanjuinais, repeliendo los ultrages y violencias del carnicero Legendre, exclamó: «¡En otro tiempo, cuando iban á sacrificar la víctima, adornábanla con flores en vez de insultarla!» ¡Y Barbaroja, sosteniendo con dignidad el carácter de mandatario del pueblo, negóse á resignar sus poderes y declaró que habiendo jurado morir en su puesto, sabría cumplir su juramento!

Aun hay mas; asistia Carlota de vez en cuando á las sesiones de la junta insurreccional conocida con el nombre de *asamblea central de resistencia á la oposicion*, que se habia formado en Caen. Oia á la mayor parte de aquellos admirables oradores, las brillantes improvisaciones de Buzot, los elocuentes y dolorosos acentos de ese Barbaroja tan bello, queregonaba un patriotismo tan puro, y que pintaba de un modo tan seductor los embelesos de una república de que ella hubiera querido ser ciudadana.

Desgarrábase su alma al considerar aquellos grandes mártires de la libertad, oprimidos, perseguidos y condenados al

hacha revolucionaria, sin poder concebir porque aquellos semi-dioses de una revolucion que ella adoraba se veian así por la misma repelidos, despues de haber contribuido tan poderosamente á fundarla! Ignoraba ella que aquellos que semejante movimiento impulsan, pronto no son ya dueños de detenerle, y pronto se ven por él atropellados á no marchar con igual velocidad.

Así pues, Carlota era girondina, y participaba del entusiasmo que reinaba en la célebre insurreccion departamental cuyo centro era la misma ciudad en que vivia, que dó quier acudia á las armas contra Paris y la Montaña á la voz de los proscritos diputados, *con el objeto de restablecer la representacion nacional*, y que ya habia afiliado en sus banderas á los enviados del Morbiham, de las Costas del Norte, del Mayenne, de Ille-et-Vilaine, del Loira-Inferior y Finistère.

El general Felix Wimpfem, que á la sazón se hallaba investido del mando del ejército llamado de las costas de Cherburgo, se habia puesto al frente de los federalistas; y habiéndole llamado á su barra la comision de salud pública, contestó «que la convencion no obtendria la paz hasta que revocase sus decretos de 31 de mayo y 2 de junio (en que se ponía en acusacion á los girondinos), y que sin esta retractacion no podia trasladarse á Paris sino al frente de sesenta mil normandos.»

Louvet, el mismo tribuno cuya pluma elegante habia escrito la linda y graciosa novela de Faublas, y que habia tenido la osadía de atacar cara á cara á Robespierre, tuvo el encargo de redactar la proclama, en que decia: «La fuerza departamental que se dirige hácia Paris, no va en busca de enemigos con que batirse, sino á fraternizar con los parisien-ses é imponer á las facciones con su firme y tranquilo continente, asegurando por este medio la estátua vacilante de la Libertad. Ciudadanos, vereis pasar por vuestros muros y aldeas á estas falanges amigas; fraternizad con ellas; no sufráis que unos mónstruos sedientos de sangre se establezcan entre vosotros con intento de detener su marcha.»

El plan consistia en realizar, levantando los departamentos contra los montañeses, lo que estos habian logrado amotinando

do contra los girondinos los clubs, las cuarenta y ocho secciones de Paris, la municipalidad y hasta los distritos del departamento. (Sabido es que teniendo la municipalidad el derecho de requerir la fuerza armada, invistió de él á la convencion, con lo que, aprovechando el terror general, se pudo arrancar el decreto de acusacion que fué el golpe mortal para el partido de la Gironda).

Habian afectado sobre manera á Carlota las declamaciones en que se pintaba á la Francia presa de los mónstruos que la cubrian de cadalsos y estaban prontos á derramar en todo el reino arroyos de sangre. El uno decia: ya han formado las listas de proscripcion; Lyon tiene designados dos mil quinientas víctimas, Marsella tres mil, y Paris ocho mil. Y otro esclamaba lo mismo que en tiempo del antiguo despotismo, han tratado de sustituir á la milicia nacional una guardia pretoriana asalariada por ellos; han violado la libertad de imprenta, cual lo hacen todos los tiranos; han procurado engañar al pueblo y usurparle la soberanía, audazmente despreciando y pérfidamente sepultando en las tinieblas de la comision de salud pública un sinnúmero de peticiones en que la inmensa mayoría de los franceses manifestaba la indignacion con que recibiera la noticia del 2 de junio; han insultado, han maniatado los exánimes restos de la representacion nacional, obligándola á espedir lo que aun tiene la desfachatez de llamar decretos.

Entre los montañeses, ninguno inspiraba tanto terror ni parecia tan terrible como Marat, de Calvados. La acusacion que recientemente se hizo de haber provocado en sus escritos al asesinato, al robo, al envilecimiento, á la disolucion de la convencion nacional, y al establecimiento de un poder destructor de la libertad, no hizo mas que suministrarle ocasion para triunfar y obtener una ovacion. Apareció de nuevo mas insolente, mas anárquico y mas incendiario que nunca. El espanto que infundian sus máximas, junto con la idea que todos se habian formado de la fealdad de su persona, eran causa, dice Garat, de que se figuraban verle en todas partes, creyendo que él era toda la Montaña ó que toda la Montaña era como él.

Aun subsistía el recuerdo de lo que escribió en julio de 1791: «Pueblo, ¿que haces? ¡Todos tus gefes te venden! Coge el puñal; degüella al pérfido Lafayette, al cobarde Bailly; corre luego al senado, arranca de allí á los padres conscriptos, empala á estos representantes vendidos á la corte, y sus miembros sangrientos, colgados en las almenas del salon, sirvan eternamente de espanto á los que tras ellos vengan!» (*Amigo del pueblo*). En diciembre de 1792 dijo: «Jamás andará la máquina, hasta tanto que el pueblo ajusticie á doscientos mil infames, y reduzca á la cuarta parte sus mandatarios y agentes.» (*El Publicista*). Y en febrero de 1793: «En todos los países donde los derechos del pueblo no son mas que títulos fastuosamente consignados en una simple declaracion, el saqueo de algunos almacenes en cuyas puertas se cuelgan á los monopolistas, bastaria para poner fin á estas malveraciones.» (*Idem*).

Pintábanle bajo de cuerpo, de color negro amarillento, ojos esquivos, los juanetes de carrillos muy salientos, toda su compostura ignoble, ofreciendo, segun Dulaure, el aspecto de un horrible reptil: no iba vestido sino de andrajos. Añádase que esta especie de antropófago habia pasado, segun aseguraban, una parte de la Revolucion metido en subterráneos, desde donde lanzaba al público sus escritos espantosos.

Carlota Corday le consideraba cual aparicion satánica de que estaba poseida, exageraba la estension de su poder, y juzgaba, sin poderlo tolerar, que la salvacion de los héroes de su imaginacion y por consiguiente de la república dependian de la sola voluntad de este hombre. Esta idea fermentó en su cérebro y llegó á fijarse en él permanente. De repente brilla un proyecto en su imaginacion. Persuádese cual todos los fanáticos, que á ella sola está reservada la noble mision de salvar la patria, de evitar la terrible colision que se prepara entre los departamentos y la convencion y de contener los arroyos de sangre que están prontos á derramarse. «Pereceré, dijo; pero ahorraré la vida de estos hombres generosos: faltará el caudillo á la anarquía, ya no habrá quien provoque la guerra civil, y á mí me deberá la patria su salvacion.»

Posteriormente escribió á Barbaroja: «Confieso que lo que acabó de determinarme fué el valor con que se alistaron nuestros voluntarios el domingo 7 de julio. Vd. se acordará qué satisfaccion era la mia. Desde luego me propuse hacer que Pétion se arrepintiera de la sospecha que manifestó acerca de mis sentimientos. — ¿Sentiria Vd. que no marchasen? me dijo. Finalmente, he considerado que tantos valientes se dirigen á Paris en busca de una sola cabeza, y que tal vez aun se les escaparia, ó bien que consigo hubiera arrastrado en su pérdida á muchos honrados ciudadanos. Ese hombre no merecia tanto honor: bastaba la mano de una muger.»

Rápida fué la formacion de su plan; ya no pensó más que en los medios de ponerlo en ejecucion. Con todo, si se ha de dar crédito á Mr. Couet de Gironville, uno de sus biógrafos, pagó el postrer tributo á la debilidad de su sexo, derramando muchas veces copiosas lágrimas: preguntáronle sus amigos cuál era la causa de aquel llanto, y ella les contestó: «Lloro por las desgracias de mi patria, por las de mi familia y por las vuestras. Porque ¿quién me asegura que no os alcanzarán los tiros que ya han privado de la vida á tantos honrados ciudadanos? Mientras viva Marat, jamás habrá seguridad para los amantes de las leyes y de la humanidad.»

Madama de Bretteville tambien observó en su sobrina algo de extraordinario. Una noche entró en su alcoba, y encontró encima de la mesa una vieja Biblia abierta, en que leyó atildadas con lapiz las siguientes palabras: «Judith salió de la ciudad, resplandeciente de maravillosa hermosura con que la dotára el Señor, y se encaminó á la tienda de Holofernes.»

Halló un dia á dos artesanos de la ciudad que estaban jugando á los naipes en una mesa, y les dijo con mucho calor: «Étais jugando, y la patria está pereciendo!»

Mas, pronto recobró tanta libertad, y aparentó una tranquilidad tan apacible, que sus parientes, alarmados antes de su tristeza, la hallaron luego mas amable que nunca. Redoblaba sus desvelos y bondades hácia las personas que se hallaban por su condicion bajo su dependencia. Antes de emprender el viage que tenia proyectado para Paris, quiso asegurar la suerte de una muger que la servia, colocándola en

casa de una amiga de su familia; juzgando luego que no tendría tiempo suficiente para concluir un bordado que habia empezado para regalarlo á dicha doncella, llevó la labor á una bordadora para que la concluyera, pagándola anticipadamente, con especial encargo de entregarla de su parte luego de terminada á la persona que designó. Despues de haber acudido á estas menudencias, donde no puede menos de verse una gracia toda femenil, que aun realza mas la magestad de los primeros elevados pensamientos que Carlota abrigaba en su seno como en impenetrable santuario, ya no se ocupó mas que de su inflexible resolucion (1).

Su principal conato consistia en disimularla. Manifiesta á madama de Bretteville que desea hacer un viage á Inglaterra, y luego va á Argentan para despedirse por última vez de su padre, á quien da á entender lo mismo, diciendo que «teme los horrores de la guerra civil.» Y el dia 9 de julio de 1793 sale para Paris en la diligencia de Caen.

Quiso antes de su partida visitar á Barbaroja, ora sea que le impulsára á verle por la vez postrera un confuso sentimiento de ternura, ora que necesitase una carta suya para llegar hasta el ministro, cuyo favor tenia que implorar en servicio de la señorita de Forbin, amiga suya, con quien habia sido educada en casa de madama de Belzunce. Louvet, que se halló en la entrevista, la esplica en estos términos: «Presentóse en la intendencia, donde todos estábamos alojados, con el fin de hablar á Barbaroja, una jóven alta y bien formada, de aire muy noble y honesto, en cuyo semblante hermoso é interesante, y en cuyos ademanes se notaba una mezcla de apacibilidad y fiereza que bien dejaba traslucir su alma celestial.»

Dijole Barbaroja que iba muy mal encaminada, porque sus recomendaciones, atendida la posicion en que se hallaba, le serian mas bien nocivas que provechosas. Con todo, hízole una carta para su amigo Duperret, diputado, que aun no habia sido proscrito, el cual debia acompañarla á ver al ministro; y manifestóle que se alegraria mucho de saber los pormenores de su viage. Vuelta luego á su casa de la intendencia, arre-

(1) *Biografía universal de los Contemporáneos.*

gló sus libros, tomó su cuaderno de dibujos y despidióse de su tia con pretexto de ir al campo para ver como estendian la hierba. Encontró en la escalera á un niño á quien solia dar estampas: «Toma, le dijo entregándole el cuaderno de dibujos, esto es para tí, Roberto; sé buen muchacho, y dame un abrazo: ya no me verás mas.» Y se marchó. (Referido por este mismo Roberto, que aun vive.)

Si algun gérmen de amor habia empezado á nacer en su pecho, no es presumible que estuviese bastante desarrollado, y que tuviese bastante imperio sobre ella, para que fuese este el motivo que la impulsó á tomar su resolucion heróica. No habia hablado mas que dos veces con Barbaroja.

Tengo motivos para creer, dice Mr. Dubois, que si se dirigió con preferencia á Barbaroja, fué porque, como este diputado era de Marsella, habia probabilidad de que se prestára á favorecerla en los pasos de oficiosidad que se proponia dar á favor de la señorita de Forbin, por ser esta tambien de una familia del Mediodia. Léese en las Memorias de Meilhan que durante la entrevista que tuvo con Barbaroja, sobrevino Péthion y dijo: Hé aqui la linda aristócrata que viene á visitar á los republicanos.—Hoy me juzga Vd. sin conocerme, ciudadano Péthion, contestó ella; algun dia sabrá Vd. lo que yo soy.»

Es absolutamente falso que se propusiese vengar en Marat al conde de Belzunce, ni menos al emigrado Boisjogan, con quienes han supuesto varios biógrafos tenia relaciones amorosas; pues no podia imputar á Marat el asesinato del mayor Belzunce, que fué víctima en 1790 de las venganzas populares, ni el suplicio de Boisjogan, que fué fusilado en 1792 como emigrado cogido con las armas en la mano. Pero lo que acaba de convencer, en nuestro sentir, de que ninguna intencion impura entraba en sus miras, es que en el trance de la muerte escribió á su padre estas palabras: *Ya conoce Vd. á su hija, ningún motivo reprehensible hubiera podido guiarla.*

Sea como fuere, volvamos á la pista de nuestra heroína, y sigámosla en el camino de Paris en medio de sus compañeros de viage. ¿Preocupada sin duda por el terrible proyecto que bulle en su mente, llamará á todos la atencion por su aire